

# El campamento de Manolo

Ion Arretxe

**U**no de los guardiaciviles me abanica las narices con un manojo de cuartillas y luego las deja en la mesa con un golpe seco, delante de mí.

– *Escribe ahora mismito todo lo que sepas del sacerdote Manuel.*

Después golpea aún más fuerte, ahora con un boli, contra los folios. Retumba la mesa.

– *¡Y que no se te olvide nada! ¿Eh?*

Y yo por más que pienso, y ahora pienso a dos mil por hora, pienso que todo lo que sé del cura Manuel es nada. Porque además, bien pensado (y ahora pienso a más de tres mil...), no conozco a ningún sacerdote Manuel de entre los sacerdotes y los Manuales que conozco.

Estoy a punto de gritar: ¡no sé naaaada!, que es lo que más he gritado estos días. Pero ya me he dado cuenta de que en un interrogatorio policial uno no puede ponerse en plan Sócrates que decía “solo sé que no sé nada”, y se quedaba tan tranquilo. Me hubiera gustado verle aquí, en Itxaurrondo. Aunque él también pasó lo suyo.

Antes de volverme loco por enésima vez, deslizo una mirada al guardia que hace de bueno y pongo cara de pedirle sopitas. Anda tú, no seas así y dame una pista.

– *No pongas esa carita de gilipollas y escribe todo lo que sepas del sacerdote Manuel...*  
–insiste enérgico.

– *...Sí, hombre, sí, un hijoputa que se presenta a todas horas frente a la barrera del cuartel y dice que, aunque estés incomunicado y no tengas derecho ni a un abogado ni a un médico ni a casi nada, sí tienes derecho a tomar la comunión de manos de un sacerdote...*

No sé de quién me hablan, pero es lo más gracioso que he oído durante los días que dura este infierno.

– *Pues ¿no nos tiene medio majaras repasando las leyes y llamando a cada rato al Ministerio para consultar lo del derecho a comulgar?*

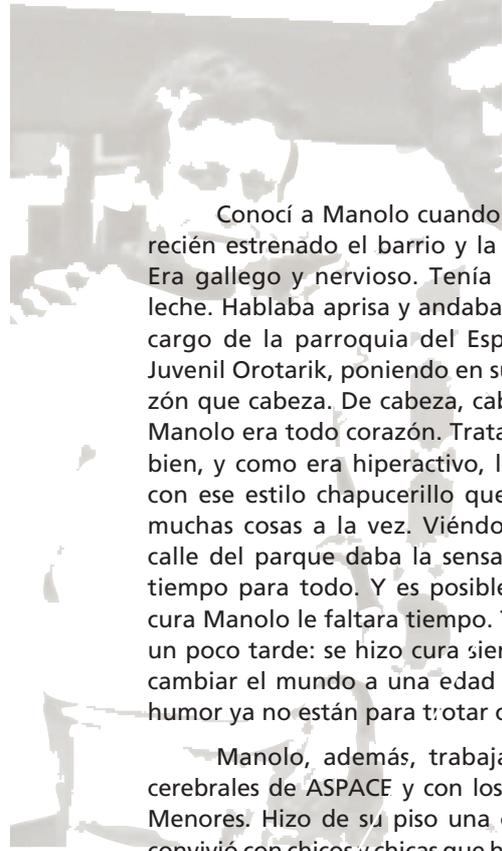
Sacerdote Manuel...sacerdote Manuel...querrán decir...¡cura Manolo!

Un rayo atraviesa mis neuronas, mi cara se ilumina tanto que tengo que disimular. Y sigo haciéndome el tonto, porque sacerdote Manuel, lo que es sacerdote Manuel yo no conozco a ninguno.

Ahora, cuando han pasado casi 25 años de aquello, y ya nadie me pregunta por él, quiero contaros todo lo que sé todo lo poco que sé de mi amigo el cura Manolo.

\*\*\*





Conocí a Manolo cuando llegó a Galtzaraborda, recién estrenado el barrio y la década de los setenta. Era gallego y nervioso. Tenía gafas y bastante mala leche. Hablaba aprisa y andaba casi corriendo. Se hizo cargo de la parroquia del Espíritu Santo y del Club Juvenil Orotarik, poniendo en su desempeño más corazón que cabeza. De cabeza, cabezota. Y de corazón... Manolo era todo corazón. Trataba siempre de hacer el bien, y como era hiperactivo, lo hacía a trompicones, con ese estilo chapucerillo que tienen los que hacen muchas cosas a la vez. Viéndole subir y bajar por la calle del parque daba la sensación de que le faltaba tiempo para todo. Y es posible que fuera así, que al cura Manolo le faltara tiempo. Tal vez porque empezó un poco tarde: se hizo cura siendo mayor y se lanzó a cambiar el mundo a una edad en que las fuerzas y el humor ya no están para trotar ciertos caminos.

Manolo, además, trabajaba con los paralíticos cerebrales de ASPACE y con los jóvenes del Tutelar de Menores. Hizo de su piso una casa de acogida donde convivió con chicos y chicas que habían tenido problemas familiares. Pero si por algo quiero recordar a Manolo, además de por todo eso, recordarlo al menos mientras podamos contarlo, y después nuestros hijos a los suyos y así hasta que aguante el cuento, es por su famoso campamento. Un campamento que nos une de por vida a cuantos participamos en él. Una experiencia inolvidable, inclasificable y bastante increíble que pasará a la historia con el nombre de "CAMPAMENTO DE MANOLO".

\* \* \*

Con el propósito de crear un espacio para la convivencia y facilitar unas vacaciones a los chavales y chavalas de Galtzaraborda, el entusiasta cura Manolo organizaba todos los años un campamento de verano que permitía a las madres del barrio, y a los tritonos de la vía del topo, respirar un poco más tranquilos durante la primera quincena del mes de julio.

Cada verano, frente a los primeros rascacielos de la calle del Parque, se repetía el mismo ritual: el cura Manolo, megáfono en mano, se despedía a voces de los vecinos, mientras el autobús cargado de chavalería, mochilas y trastos, esperaba con el motor en marcha la orden de partida que, por una cosa o por otra, nunca acababa de llegar.

¡Vecinos de Galtzaraborda: ved qué felices se van vuestros hijos a disfrutar del campo y la naturaleza...!

– *Pero Manolo –siempre había una de éstas– No me digas que salís ya. Si este año no me habido tiempo ni de apuntarlos.*

– *¡Qué vengan, qué vengan... en la naturaleza hay sitio para todos!*

¿Salimos o no salimos que aquí no podemos estar mucho tiempo.

Piiiiiii... –algún conductor enfadado.

– *¡Manoli!, agarra a tu hermano que prepare la mochila que os vais al campamento de Manolo.*

– *Pero ¿ahora?*

– *¡A disfrutar de la naturaleza, la convivencia, la solidaridad...*

– *Piiii, piii –el mismo conductor pero ahora enfadadísimo.*

– *Ya va, ya va. ¡Vecinos y vecinas de Galtzaraborda...!*

Los años 1985 y 1986 participé como monitor en el campamento de Manolo. El primero de ellos se celebró en Melgar de Fernamental, en la provincia de Burgos. Y el segundo en Pedroso, un pequeño pueblo de la riojana sierra de Carneros. Es difícil resumir en palabras todo lo que vivimos allí. Pero puedo aseguraros que a veces, cuando estoy a punto de dormirme, me vienen al recuerdo imágenes nítidas del campamento de Manolo.

Llegamos por fin a Melgar de Fernamental con el tiempo suficiente de inspeccionar la chopera donde íbamos a instalar el campamento. El lugar era fresco y agradable, y reunía todas las comodidades de esas playas de río que tan bien contribuyen a sobrellevar los tórridos veranos de Castilla. Tenía sus mesitas de madera donde comer, su embarcadero desde donde zambullirse en el río Pisuegra y, lo mejor de todo, su chiringuito donde además de sentarte a tomar un café, o un helado o cualquier otra chuchería, uno se podía sentar... pues a eso, sí, porque tenía váteres con taza y todo.

No voy a contaros qué es lo primero que hice, pero cuando salí ya estaba el río conquistado por nuestros niños que chapoteaban en el agua con esa alegría desbordante que es la verdadera canción del verano.

Unos desde sus sillas de ruedas, otros con sus muletas y los demás consigo mismo, pero iguales en el empeño de acabar con la frágil paz de las truchas. Porque en este punto es importante que sepáis que el campamento de Manolo era un combinado de paralíticos cerebrales, chavales del tutelar de menores y niños de Galtzaraborda.

¡Y cómo disfrutaba Manolo viendo a sus pequeños salvajes salvajeando en aquella selva!

– *¡Niños y niñas de Galtzaraborda!*

– *¿Y los de otros barrios?*

– *¡También, también! ¡Niños y niñas todos! Hoy no vamos a montar las tiendas de campaña, no. Esta primera noche vamos a dormir al raso. Así podremos contemplar la naturaleza...*

– *¡Y las estrellas ...!*

– *Y las estrellas, sí. Esas estrellas que los rascacielos de nuestros barrios no nos dejan ver.*

\* \* \*

*¡Una estrella fugaz! Mírala, mírala, mírala ¡otra! Es verdad... Ahí va. Fiuuuu. Y esa es la Osa Mayor y siguiendo así un poquito hacia arriba, la Estrella Polar y después, como una uve doble, Casiopea.*

Esta noche contamos estrellas para dormirnos. Los más pequeños ya han caído rendidos ¡No fuméis en los sacos! Cof, cof. ¡Un ovni! Chisssh. ¿Queréis dejarnos dormir? ¡Calla tú! Prrrrr... ¡Guarro! Ji, ji, ji.

La primera noche en el campamento hay niños que en sueños llaman a sus madres, y otros que fuman a escondidas y otros que se tiran pedos. Y pasó lo que suele pasar y en lo mejor del sueño rompió a llover y por poco tienen que venir a rescatarnos los bomberos.

Las pobres criaturas, mediodormidas, se cubrían con los sacos sin saber a dónde ir. Alguno de los impedidos pedía auxilio desde el encharcado suelo temiéndose lo peor. La oscuridad y el caos lo dominaban todo.

El capitán Manolo dirigía las operaciones de rescate con la misma vehemencia con que había dirigido las de naufragio.

Cuando la tempestad arreciaba y todo parecía perdido y abocado al desastre, apareció de entre las aguas el dueño del chiringuito para abrirnos sus puertas y ofrecernos la salvación. Hacinados, pero contentos, comenzamos el campamento. Quince días así, tan surrealistas y maravillosos como os los cuento.

Una cosa buena de los campamentos de Manolo era que entre uno y otro tenías todo un año para recuperarte.

Así, el verano siguiente, después de la imprescindible arenga del cura a los vecinos y vecinas del barrio, partimos rumbo a Pedroso, allá en tierras riojanas.

En Pedroso no hubo necesidad de montar las tiendas de campaña porque nos instalamos en una casa de colonias que, aunque no estaba especialmente acondicionada para tal fin, reunía las suficientes comodidades como para pasar un excelente campamento.

El hecho de que la casa estuviese junto a la plaza, en medio del pueblo, propició que la relación con los vecinos fuera mucho más cercana que otras veces. Tan cercana fue que los niños y niñas de Pedroso (Mari Vega, Pedrito, los hijos de la Pili y otros) pasaron a formar parte del campamento colaborando en sus actividades como unos niños más.

Así cumplimos con uno de los objetivos del campamento y la integración entre niños de ASPACE, niños del Tutelar de Menores, niños del barrio de Galtzaraborda y niños de Pedroso era incuestionable. Como véis nos íbamos superando.

Los vecinos y vecinas de Pedroso llevaban unos días calentando la cabeza a nuestros chavales a propósito de un animal, el *gamusino*, al que describían

como una especie de bicho mitad murciélago, mitad conejo y con algo de reptil, que abundaba por aquellos montes.

– ¡Que sí jolín, que nos lo ha contado la panadera!

– Y que, además, tiene una piel tan suave que la paga a muy buen precio un señor que pasa a recogerlos los días 10 de cada mes.

El campamento estaba revolucionado. No se hablaba de otra cosa que de los *gamusinos* y de la recompensa que obtendríamos con su caza.

Además no había mucho tiempo que perder. El día 10 estaba encima, así que fijamos aquella misma noche para la caza del *gamusino*.

Según contaban los viejos del lugar había que salir a cazarlos provistos de unos palos para varear las ramas de los árboles –donde solían esconderse estos bichos– y sacos donde guardarlos según iban cayendo.

El único peligro –advertía el cura Manolo– es que si, por lo que sea, el *gamusino* te mea, te quema toda la piel. Por eso hay que taparse lo mejor posible, y las partes del cuerpo que queden al aire hay que untarlas con una mezcla de harina y agua.

Casi todos los vecinos del pueblo acudieron a la plaza a despedir la expedición de intrépidos cazadores, no sin antes pasar revista para asegurarse de que no les quedaba ningún resquicio de piel expuesto al peligro.



Tal que un ejército de fantoches, envueltos como momias en ropas y engrudo, armados de palos, sacos y linternas, nos fuimos adentrando en la oscuridad del bosque.

Al primer ulular de un *gamusino* el terror nos paralizó. A los más pequeños se les cayeron los palos del susto y se pusieron a llorar. Los mayores batían las ramas con las varas ávidos de atrapar a su presa. ¡Uuuu, Uuuu!, ulula el *gamusino*. ¡Uhhh, Uhhh! Y de repente ¡Zas! Un chorro lanzado por el enigmático animal que baña de arriba abajo a más de uno.

– ¡Menos mal que llevaba un montón de harina que sí no...!

No nos habíamos recuperado del primer ataque y ya estaban los *gamusinos* disparando otra vez sus chorros de orina ácida.

– ¡Me ha meao, me ha meao!

– ¡Por ahí resopla, por ahí resopla! ¡Pegadles fuerte con los palos! –gritaba un monitor entusiasta.

Pero el terror y la derrota se había apoderado de los chavales y huían en desbandada poniéndose a salvo de la persistente lluvia de meadas asesinas.

Pedrito y los demás chavales del pueblo esperaron prudencialmente antes de bajarse de los árboles adonde se habían encaramado hacía un rato cargados con las sulfatadoras llenas de agua y con el canto del *gamusino* bien aprendido.

Y con el día 10 llegó el hombre de los *gamusinos* y tuvo que volverse un mes más con las manos vacías.

Y los chavales de Galtzaraborda siguieron tan pobres como antes pero llenos de aventuras y con el consuelo de quien lo ha intentado.

Y así pasábamos los días del verano y de nuestra juventud.

Hace unos años la nostalgia me llevó de nuevo hasta Pedroso. Pedrito, Vega y los otros niños eran ya unos mozos y yo, para ellos, un hombre. ¡Con qué cariño recordaban aquellos inolvidables días! Me preguntaron por todos. Por Mikel, Carlos, Ramón, Elenita, Javi y las gemelas... Les conté que ahí seguían casi todos, haciéndose hombres y mujeres como ellos. Y que otros, como yo, vivíamos lejos del barrio. Y del cura Manolo, que murió. Y de todo eso.

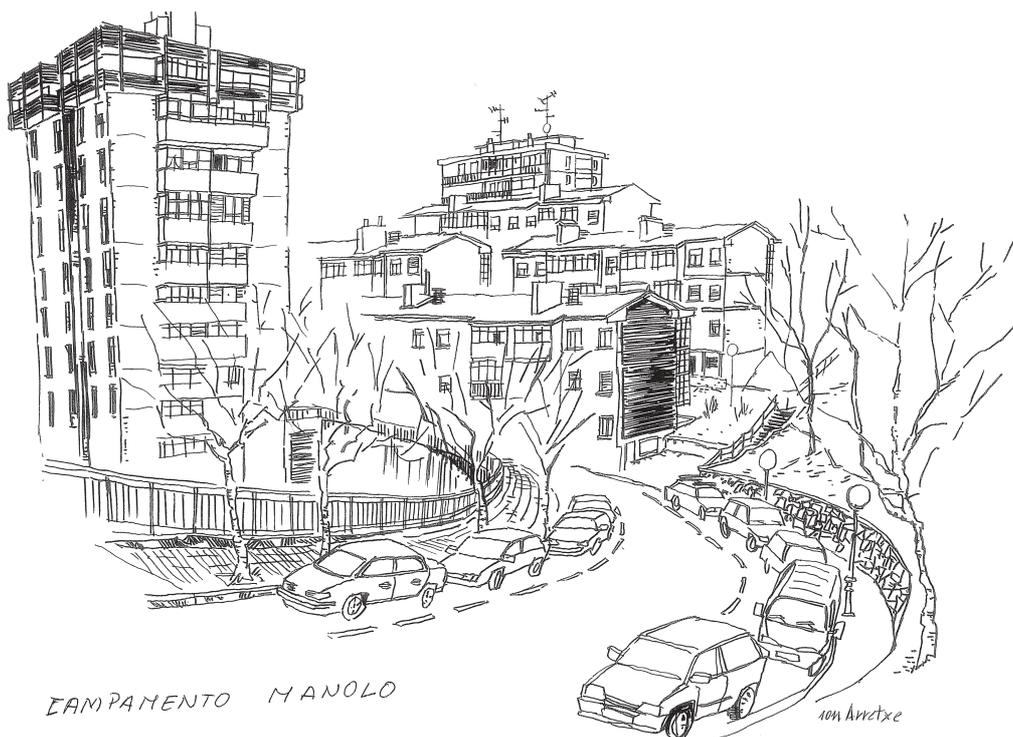
\*\*\*

– ¿Quieres dejar de hacerte el tontito? Que escribas todo lo que sepas del sacerdote Manuel, coño.

– ¿....?

– Ay, ay, ay... me parece que a éste hay que refrescarle un poquito la memoria.

Oigo a lo lejos el agua en la bañera. Mis músculos se tensan esperando la batalla. Y pienso, porque ahora pienso a cuatro mil por hora, que no van a entender nada de lo que les pueda contar del cura Manolo; que me da una pereza horrible explicarles lo que es un *gamusino* y que estoy muy orgulloso de haber participado un poquito en su modesto proyecto de hacer un barrio mejor. ■



EAMPAMENTO MANOLO